90

NUEVA RELACION, EN QUE SE DA CUENTA de los notables arrojos y valientes arrestos que hizo Doña Josefa Ramirez, natural de la ciudad de Valencia, y felicidad con que salió de todos ellos. Con todo lo demás que verá el curioso.

PRIMERA PARTE.

A la que es Madre del Verbo,
María Señora nuestra,
le pido humilde y postrado,
me dé gracia, con que pueda
referirle á mi auditorio
la mas infausta tragedia,
y el afortunado caso
que sucedió á una doncella:
atencion, que ya comienzo.
En la ciudad de Valencia
nació de muy nobles padres
la hermosa Doña Josefa:
con muy buenos documentos
crióse aquesta Minerva,
que Palas la tuvo envidia,
por lo sabia y lo discreta;
Vénus se quedó afrentada,
solo al mirar su belleza.
Apenas cumplió esta niña
diez y ocho primaveras,
muchos Señores la rondan
sus celosías y puertas;
y entre tantos pretendientes
la adoraba muy de veras
un principal caballero,
Don Pedro de Valenzuela.
Este le escribió un villete
con muy rendidas ofertas,
de su amor, dándole parte,
y la dama muy discreta

con otro le corresponde
á su pretension atenta,
diciendo; señor Don Pedro,
yo estimo vuestras finezas,
ya sabeis como en mi casa
soy la única heredera,
y hallo imposible, señor,
de que mis padres consientan,
que yo con usted me case;
mas esta noche en la reja
de mi jardin os aguardo,
á eso de las once y media.
Dios os guarde, caballero.
Quien mas te estima y venera,
Doña Josefa Ramirez,
una humilde esclava vuestra.
Con esto cerró el villete,
y á un page con diligencia
le mandó que lo llevase;
el cual fue con gran presteza,
y á Don Pedro se lo dió
en propia mano, y lo besa.
Rompió la nema, y leyó
lo que ya expresado queda,
deseando que la noche
tendiese el manto de estrellas.
Llegó la citada hora,
y pronto se halló en la reja:
hizo una seña, y salió
tan bizarra como honesta
la dama, y se saludaron,
y por último conciertan,
que una noche la sacase.
Cuando en estas diferencias
le acometen dos traidores
á Don Pedro con violencia:
dos estocadas le dieron
por la espalda, mas tan recias,
que las heridas crueles
hasta el pecho le penetran.

Y como un leon herido
sacó la espada, y con ella
á los dos acometió;
pero poco le aprovecha,
que se escaparon huyendo,
y el triste jóven dió en tierra,
diciendo: difunto soy,
perdóname, amada prenda.
Esta voz que oyó la dama,
cayó amortecida en tierra;
y volviendo del letargo,
decia de esta manera:
qué es esto que me sucede?
cielos, qué desgracia es esta?
qué he de hacer, ay de mí triste!
ó fortuna tan adversa!
á dónde hallaré yo alivio
en tanto tropel de penas?
Ya no tendré yo sosiego,
hasta que de cierto sepa
quién fueron los alevosos,
que con tan grande inclemencia
á Don Pedro dieron muerte.
Toda en lágrimas deshecha,
jura que se ha de vengar,
á pesar de las estrellas.
Se retiró á su aposento
como una leona fiera,
se despoja de su ropa,
tomando capa y montera,
un rico coleto de ante,
calzon y media de seda,
una charpa de pistolas,
tambien su espada y rodela,
y un trabuco que pendiente
de su cintura lo lleva.
Luego partió á un contador,
y sacó de una gaveta
hasta doscientos doblones,
y se ausentó de Valencia.

de su mano recibí
dos joyas de mucho precio,
la una la traigo puesta,
la otra está en mi aposento.
Apenas fuistes al campo,
cuando declaró su intento;
yo, señor, la disuadía,
dándola buenos consejos,
mas no pude convencerla.
Viendo no habia remedio,
le volví, señor, la espalda,
y me vine á mi aposento;
y por aquesta ocasion
hizo, señor, juramento
de tomar de mí venganza,
como ya vos lo estais viendo.
Dijo el renegado entonces:
pues por la ley que profeso,
que he de egecutar con ella
el castigo mas acervo.
Mandó al punto el renegado,
la prendan, y la metieron
en una obscura mazmorra,
mientras se prendia el fuego.
Llena de aceyte una tina,
mandó pusiesen al fuego,
y así que estuvo caliente,
á Abecelí la trajeron,
y amarrada á una columna,
le rociaron todo el cuerpo.
Mandó apartasen la tina,
y arrojándola en el fuego,
allí pereció la mora,
pagando su atrevimiento.
Al cabo de pocos dias
llamó el renegado atento
á Doña Josefa, y dice,
entrándola en su aposento:
ya sabeis, Doña Josefa,
la voluntad que yo os tengo,

y solo de vos me fio
para descubrir mi pecho.
Pretendo pasar á Roma
à ser de mi culpa absuelto,
y despues el recogerme
en un sagrado convento.
Tú te pasarás á España,
que ya prevenidos tengo
dos mil doblones, los cuales
entre los dos partiremos.
Mira que vas á Alicante,
pues se halla en este pueblo
un tratante mercader,
à quien pagado le tengo
tu viage, y así irás
segura de todo riesgo.
Le entregó los mil doblones,
y muchas joyas de precio,
todo junto con su ropa
lo metió en un arca, y luego
mandó que la condujesen,
al barco, y así lo hicieron,
Embarcóse el renegado
con alegría y contento
con Doña Josefa, y ambos
à Alicante se vinieron.
Tiernamente se despiden,
y él con sus grandes deseos
para Roma se embarcó,
y siendo feliz el viento,
en breve tiempo llegaron
á Roma, con rendimiento
pasó á ver su Santidad,
parte le dió del suceso,
y confesando sus culpas
con grande arrepentimiento,
à un convento se recoge,
donde llorando sus yerros,
hizo grandes penitencias,
y pasó á gozar del cielo.

Vamos á Doña Josefa,
que con ánimo resuelto
en Alicante compró
un caballo, que á los vientos
imitaba en su carrera
por lo veloz y ligero.
Pasó á Valencia, y en ella
entró con mucho secreto:
se ha informado de sus padres,
y sabiendo estaban buenos,
de noche se determina
el ir disfrazada á verlos.
A eso de las oraciones
ensilló el caballo, y luego
montó en él y fue á su casa
para cumplir su deseo.
Llegó á la puerta, y tocando,
á abrirle llegó un buen viejo;
y ella cortés le pregunta,
destocándose el sombrero:
vive aquí el señor Don Juan
Ramirez y Marmolejo?
Sí señor, le respondió;
y entonces entró allá dentro.
Dé usted recado á su amo,
que le busca un caballero,
que le quiere hablar de espacio.
El buen viejo fue allá dentro,
á su señor dió el recado,
y fuera salió diciendo:
qué se ofrece, buen amigo?
Y ella respondió al momento:
solo el serviros, señor,
entremos hácia allá dentro,
que quiero que la familia
participe del secreto.
Hácia allá dentro se entraron,
despues de los cumplimientos;
se sentaron lado á lado,
y dijo: tened por cierto,
que vuestra hija, señor,
hoy se halla en este pueblo.
Tres años y medio ha estado
metida en un cautiverio,
sirviendo, no como esclava,
porque era absoluto dueño
de la casa de su amo;
y al cabo de aqueste tiempo
le ha dado la libertad,
y gran porcion de dinero.
Don Juan que atento escuchaba
las razones del mancebo,
al oirle se enternece,
y lloraba sin consuelo.
Ay hija de mis entrañas!
ó si permitiera el cielo,
que yo la viese en mi casa,
cesarian mis desvelos!
La madre por otro lado
hacíase al sentimiento;
ella entonces se levanta,
y arrodillada en el suelo,
dijo: cese vuestro llanto,
que á vuestra hija estais viendo:
y ahora, padre y señor,
perdonad mi grave yerro,
y lo que pretendo es
meterme en un Monasterio.
Lo pusieron por la obra,
y se ha entrado en un convento
de religiosas Franciscas,
donde vivió dando egemplo.
Aprended, mozas doncellas,
y mirad los muchos riesgos,
en que se vió aquesta Dama,
por defender á su dueño.
Y Pedro de Fuentes pide
el perdon de sus defectos.

F I N.

Valencia: *Por la Hija de Agustin Laborda*, *en la Bolsería*, *año* 1822.

SEGUNDA PARTE

En la cual se refiere su cautiverio; y los varios sucesos hasta el fin de su vida.

Ya dije como salió,
amparada del silencio,
de Cartagena una noche,
llena de mil pensamientos,
Doña Josefa Ramirez,
y marchando para el reyno
de Cataluña, una tarde
al encuentro le salieron
siete vandidos, mas ella
los reconoció al momento.
Del caballo se desmonta,
de aquesta suerte diciendo:
apartarse del camino,
presto quitarse de enmedio,
ó le quitaré la vida
al que fuere desatento.
Esto dijo, y disparando,
se llevó los tres primeros
de un trabucazo, y los otros
en defensa se pusieron.
De los siete mató cinco,
y los otros dos huyendo,
ella arrogante los sigue,
y de merced le pidieron
la vida; mas ella dijo:
quitar estorvos de enmedio;
y al soplo de una pistola
ambos se los dejó muertos.
Llegó en fin á Barcelona,
y determinóse luego
embarcarse para Roma,
sin reparar en los riesgos.
Navegaron siete dias
con alegría y contento,
y amaneciendo el octavo,
descubrieron á lo lejos
cuatro galeras de turcos:
los cristianos que esto vieron,
alistan todas sus armas,
los turcos hacen lo mesmo;
mas fue contraria la suerte
de los cristianos, que el viento
el humo los revocaba,
y defender no pudieron
la nave, que cuando acuerdan,
se quedaron prisioneros.
Desembárcanlos en tierra,
á pregon vendidos fueron,
y compró á Doña Josefa
por un moderado precio
un renegado muy rico,
muy atendido en su pueblo.
Preguntóle á su cautivo
por su nombre, y al momento
respondió: Pedro me llamo,
señor, al servicio vuestro.
En qué oficio te ocupabas?
El oficio que yo tengo
es, señor, maestro de armas.
En buen oficio por cierto
te egercitabas, cristiano;
mas darte otro pretendo,
Tú no sabes escribir?
Algo entiendo tambien de eso.
Viendo su disposicion,
le entregó todo el manejo
de su casa, y al instante
mandó le enseñasen los negros
la arábiga lengua, y ella
la aprendió en muy breve tiempo,

Tan buenas cuentas le daba
á su amo, y tan contento
lo tenia, que no sabe
qué hacerse con su escudero.
En este tiempo la mora,
muger de su amo mismo,
á Don Pedro regalaba,
y hacia algunos cortejos.
Un dia que fue su amo
à caza con los monteros,
la llamó, y le dijo á solas:
cristiano, yo por tí muero,
yo no duermo ni descanso,
en mí no cabe sosiego,
y si merezco la dicha
de que premies mis afectos,
te prometo que serás
el dueño de aqueste pueblo.
Don Pedro la disuadió,
de esta manera diciendo:
mirad que soy vuestro esclavo,
y que si no tengo yerros,
eso es merced que me hizo
mi amo, por ser tan bueno;
y pues que de mí se fia,
hacerle ofensa no quiero.
Viendo la mora el desayre
que el cristiano le habia hecho,
jura por su gran Mahoma,
que ha de vengar su desprecio.
Apenas entró su esposo,
le echó los brazos al cuello,
y con un llanto fingido,
le dijo: poned remedio
en vuestra casa, señor,
porque el Mayordomo vuestro
à mi aposento se arroja,
trajo en la mano este acero:
con el puñal me amenaza,
queriendo lograr su intento:

mas yo como una leona,
me levanté de mi lecho,
se lo quité de la mano,
el cual veisle aquí le tengo.
Salió afuera el renegado,
enfurecido y soberbio,
y á sus criados les manda,
que pusieran à Don Pedro
en una obscura mazmorra,
y lo cargasen de hierro,
y que no le diesen agua,
tampoco el mantenimiento,
para que allí se muriese,
pagando su atrevimiento.
Un moro piadoso habia,
que compadecido al verlo,
á escondidas de su amo
le llevaba el alimento.
Al cabo de cinco dias,
por ver si se habia muerto,
dió la vuelta el renegado,
y viendo vivo á Don Pedro,
con furia cogió un cordel,
para azotarla soberbio;
y al tiempo de descargarle,
le dijo: señor, teneos,
advertid que es testimonio
por lo que estoy padeciendo.
Yo soy muger, no soy hombre;
y para prueba de aquesto,
pudo muy bien convencerlo,
manifestándole un pecho.
De la prision la sacaba,
y con alhagos muy tiernos
le dijo, cristiana amiga,
dame parte del suceso.
Yo, señor, os lo diré,
sin faltar un punto en ello.
Mi ama me regalaba,
y hacia algunos extremos:

Entre unos montes se oculta,
y de noche dando vuelta,
iba á las casas de juego,
donde todo se conversa.
Jugando estaba una noche,
y otros señores con ella,
sin saber con quien hablaban,
del caso le dieron cuenta.
Dicen: con que Don Leonardo
y Don Gaspar de Contreras
salieron con gran sigilo
de la ciudad de Valencia?
Doña Josefa responde:
pues qué ocasion les molesta
á esos nobles caballeros
para salir de su tierra?
Quizás irán á algun pleyto
de alguna de sus haciendas,
que quien tiene mayorazgos,
nunca le fantan quimeras.
No es mal pleyto el que les siguen
(dieron ellos por respuesta)
pues son los que dieron muerte
á Don Pedro Valenzuela.
Disimulando su enojo,
respondió con gran reserva:
mucha fuerza se me hace,
mas no es posible que crea,
que esos nobles caballeros
hiciesen accion como esa;
y eso no se puede hablar,
si no es por cosa muy cierta.
Sabed que es mucha verdad
lo que os digo, y si no fuera,
nada me importa el decirlo.
Y à dónde el viage llevan?
Y ellos mismos le informaron,
que iban hácia Cartagena.
Salió del juego, diciendo:
buena suerte ha estado esta;

ya tendrá mi pena alivio,
si se me logra la idea.
Y montando en un caballo,
que al céfiro puso rienda,
á Cartagena marchaba
con muy pronta diligencia.
Llegó por fin una tarde
á eso de las dos y media,
y en un meson se acogió,
y dijo á la mesonera:
cuídeme de ese caballo,
que yo presto doy la vuelta;
y sin desarmarse, fue
á la playa por si encuentra
á alguno de sus paysanos,
que el verlos tanto desea.
No los pudo descubrir
y hácia el meson dió la vuelta,
y á la patrona le dijo,
le previniese la cena,
y que le hiciese la cama
en una cuadra que tenga
las ventanas á la calle,
sin darle á entender su idea.
Apenas anocheció,
pronta se puso á la reja
de la ventana, escuchando
cuanto en la calle conversan.
Oyó decir á unos hombres
aquestas palabras mesmas:
para mañana en la noche
tengo una funcion muy regia
en casa Don Juan Mancilla,
porque en su casa se hospedan
dos famosos caballeros,
naturales de Valencia,
y quiere regocijarlos:
se ha de hacer una comedia,
con algunos entremeses;
mas no quiere que se sepa,

porque en Valencia mataron
á un hombre de muchas prendas.
Teate, hombre, no prosigas,
reporta tu fácil lengua,
que no sabes quien te escucha.
O cuánto mas nos valiera
muchas veces el callar,
que el que no habla, no yerra!
Bien satisfecha del caso
se quedó Doña Josefa,
y apenas amaneció,
hizo vivas diligencias
por descubrirlos, y al fin
en la playa los encuentra.
Cuando los tuvo presentes,
les dice de esta manera:
me conoceis, caballeros?
sabed soy Doña Josefa,
aquella á quien agraviasteis
en la ciudad de Valencia;
vengo à tomar la venganza
por Don Pedro Valenzuela,
que habiendo muerto mi amente,
poco importa que yo muera.
Sacan los tres las espadas,
à la batalla se aprestan,
y á dos idas y venidas
le alcanzó Doña Josefa
al valiente Don Leonardo
una estocada tan recia,
que lo pasó por el pecho,
dando con su cuerpo en tierra.
Esto que vió Don Gaspar,
cerró con Doña Josefa;
mas poco le aprovechó,
porque ella con gran destreza
le quitó de la cintura
una almarada, y con ella
lo pasó por el costado,
y ambos difuntos los deja.
Se alborotó la ciudad,
y acudió con gran presteza
el señor Gobernador,
para llevársela presa.
Mas ella con arrogancia,
dijo: sepa Vuecelencia,
que mi espada á nadie teme,
aunque un egército venga.
Dijo: y echando con ellos,
à uno emprende y otro deja:
tres ministros le mató,
y en medio de esta refriega
se le ha quebrado la espada,
y echó mano con presteza
al trabuco que tenia,
y á barrer la calle empieza.
Tan buena traza se daba
á disparar, que se lleva
dos ó tres de cada tiro,
y la calle le franquean,
con que llegó á refugiarse
dentro mismo de la iglesia
del Seráfico Francisco,
en donde á curarse queda
dos balazos, pues llevaba,
muy mal herida una pierna.
Buena ya de su accidente,
pidió á los Padres licencia
para salir del convento,
suplicando le trajeran
el caballo que tenia
en un meson de allí cerca.
Sin ser de nadie sentida,
se salió de Cartagena.
Y ahora Pedro de Fuentes
à aquesta plana primera
da fin, y en otra segunda
dará noticias enteras,
en lo que vino á parar
la hermosa Doña Josefa.

F I N.